

secuencia, se debía proceder sin demora al aseguramiento de Salomé, por ser el hilo mas seguro para la justicia.

—Apuesto á que también se ha ido, dijo uno.

—No, señor, gritó una voz, la presa está en lugar seguro, y sigue incomunicada.

Oyóse el golpe seco de un fusil que se terció.

—¿Dónde está la reo? preguntó don Nestor.

—En este cuarto, contestó el centinela, y suplico á usted que me releven, porque estoy como desde las cuatro.

—A ver, que releven á éste, gritó don Homobono, es una injusticia tener á un centinela tanto tiempo.

Relevaron al centinela, reencargándole á la presa, y la noticia de la cena vino á disolver la reunión.



CAPÍTULO X.

CONTINÚA LA HISTORIA DE LAS
TORTOLITAS.



AHORA de sobremesa, dijo Castaños, sabremos el desenlace de la historia de Fernando y María.

—Cabal, dijo Anita, yo no he pensado en otra cosa.

—Ni yo, exclamó Carolina suspirando.

Efectivamente, á instancia de todos, Carlos continuó la pendiente historia, del modo siguiente:

—Fernando logró persuadir al tío Mateo y á María, de que, aunque cargaba armas, no había sido él el cazador de las tórtolas.

—¿Pero y mis perros? dijo entonces el tío Mateo, á pesar de la venda y de la prohibición de hablar.

—Esos perros nos hubieran devorado.... y en el último extremo.... pero yo le ofrezco á usted indemnizarlo, yo le daré á usted otros.

—No hay otros como Leal y el Pastor, dijo María, ¡nos conocían tanto! Usted no sabe que estos animales eran nuestros compañeros desde que yo era muy chica; ¡querían tanto á mi padre, y nos conocían tan bien!....

María quería contenerse, pero le era imposible, se le arrasaban los ojos de lágrimas.

El tío Mateo empezaba á experimentar cierto embargamiento, que lo alarmó.

Había pasado por su espíritu acongojado la idea de una recaída definitiva: experimentaba la invasión de los primeros síntomas de la enfermedad de que acababa de con-

valecer, y dirigió una profunda mirada á su hija, que no podía ya ocultar su emoción.

Hubo un largo rato de silencio; el dolor de María torturaba el alma de Fernando, y esta tortura acabó de persuadirlo de que amaba á María con todo su corazón.

Aquellas tres figuras, silenciosas y tristes, fijaron simultáneamente la vista en un objeto negro que se movía á cierta distancia.

Era Leal, que venía arrastrándose penosamente, con una mano rota, y goteando sangre por todas partes.

—Leal, dijo el viejo con la voz temblorosa y conmovida.

—Leal, repitió María, ¡pobre Leal! y limpiándose las lágrimas, se acercó al perro para ayudarle á subir los escalones de la entrada.

—Yo soy algo médico, dijo Fernando, debo traer en mi cartera unas pinzas, procuraré curar á Leal.

Iba á acercarse Fernando, pero el perro, á pesar del estado lastimoso en que se encontraba, gruñó de una manera feroz.

UNIVERSIDAD DE BILBAO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Fund. 1825 BILBAO, MÉRIZ

—Espera, Leal, dijo María, te vamos á curar: ¡ay, pobrecito! por todas partes tiene sangre.

—Una poca de agua, dijo Fernando.

María tomó un trasto que estaba á poca distancia, lo llenó de agua en el arroyo, y comenzó á derramarla con cuidado sobre el perro, el que, al sentir que se mitigaban sus ardores, se echó para recibir aquel refresco.

María llegó con sus caricias á inspirar confianza á Leal acerca de Fernando, quien empezó la difícil y lenta operación de extraer las municiones del cuerpo del perro.

El tío Mateo hacía tiempo estaba callado; María se volvió hacia su padre y arrojó un grito.

El tío Mateo estaba inerte.

—¡Mi padre se muere! ¡mi padre se muere! y es por la pesadumbre, es por mí, es por Leal, es por....

—No es por mí, María, interrumpió Fernando, es porque la fatalidad lo ha querido así.

Fernando y María se colocaron á los

lados del tío Mateo. María le tomaba la cabeza y le cubría de besos la frente, que reclinaba cariñosamente sobre su pecho.

Fernando sufría horriblemente, espantado de las consecuencias de la caza, y concentrando un odio profundo contra su imprudente amigo.

Era necesario transportar al tío Mateo al lecho; pero Fernando era muy débil, y en vano procuraba levantar aquel cuerpo inerte, que parecía de plomo.

—En el carrito, dijo María.

—¿Qué carrito?

—Cuando mi padre no podía andar, yo empujaba su cóchecito, y lo llevaba yo de una pieza é otra; voy á traer el carrito.

Aquel carro no era otra cosa que una tabla con pequeñas carretillas, de manera, que fué entonces fácil para Fernando trasportar al tío Mateo al interior de la casa.

No bien había entrado, cuando se presentó el amigo de Fernando.

—¿Qué hay? le preguntó éste.

—No hay médico.

—¿Cómo no hay?

—No hay quien vaya.

Fernando lanzó una mirada de ira á su amigo, y dijo:

—Yo voy, quédate aquí, cuida á este hombre, haz lo que puedas, yo no volveré sin un médico; espérame.

Al llegar á este punto la relación de Carlos, el auditorio estaba conmovido; aún los criados, colocándose convenientemente habían tomado una parte activa en el duelo general, y el mismo Carlos no podía ya disimular su emoción.

Salvador se levantó de la mesa.

—¡Espérate! le dijo Carlos con un tono de amenaza tal, que todas las miradas se fijaron en estos dos personajes.

Carlos sostuvo una larga mirada, que Salvador no pudo resistir.

Todos callaron, todos estaban embargados por la emoción, y la atmósfera del comedor parecía preñada de ideas negras, por-

que en cada cabeza se agolpaban mil y mil imágenes siniestras. Carlos continuó:

—Volvió Fernando á la casita del tío Mateo.... ¡ay! seis horas más tarde.... ¡seis horas!...

Volvió á caballo, traía un médico y dos criados en su compañía, medicinas y todo lo necesario para atender al enfermo.

Carlos tuvo que tomar un trago de agua.

Todos esperaban impacientes el desenlace; pero Carlos casi no podía hablar.

—¿Y lo salvó? preguntó doña Refugio.

—El médico tocó al tío Mateo, y movió la cabeza.

—Fernando se acercó al oído del médico para recoger estas palabras:

—¡Ya es tarde!

María apareció en la puerta de una pieza interior.... Ya no era María.

Blanca como la muerte y con los cabellos en desórden, se paró un momento, tenía los vestidos desgarrados, en las manos tenía sangre y cardenales, y también en el borde de sus labios entreabiertos tenía una línea roja.

Miró María á Fernando.... ¡qué horrible mirada! abría los párpados y sus ojos brillaban con un brillo siniestro.

—Que no entre esa niña, dijo el médico.

Fernando avanzó para detenerla, y María dió un salto hacia tras.

—¡María! dijo Fernando.

—Que no me vean, dijo María, dejando asomar en sus labios una sonrisa espantosa.

Fernando estaba atónito.

María continuó:

—Mordí.... mordí.... Mira mis manos: no, no, que no las vean.

Y se volvió de espaldas á Fernando, reclinando su frente en la pared.

—María, volvió á decir Fernando acercándose, María, ¿qué es esto?

—¡Ay! gritó María.... no nada, nada: vete, váyase usted.

Al extender María las manos, Fernando notó en los pálidos brazos de la niña las señales de otras manos que los habían comprimido.

—Fernando, dijo el doctor.

Fernando se acercó al tío Mateo.

—Éste.... muerto, dijo el médico.

—María.... loca...., dijo Fernando.

Permanecieron allí el médico y Fernando toda la noche.

—¿Y el amigo de Fernando? preguntó doña Refugio.

—Había huído, contestó Carlos.

—¿Huyó?

—Sí.

—¿De horror?

No, de miedo.

—¿Á quién le tenía miedo? preguntó doña Refugio, empezando á comprender algo mas espantoso que todo.

—¡A mí exclamó Carlos reventando el hilo del misterio.

Todos los convidados hicieron un movimiento.

Salvador fué entonces quien dirigió una terrible mirada á Carlos, sin poderse contener.

Doña Refugio no pudo menos de preguntar, dirigiéndose á Carlos:

—¿A usted?

—Quiero decir, repuso Carlos: «¡A mí!» dijo Fernando al saber que su amigo, su leal amigo de la infancia, había traicionado su amor. Sí, aquel amigo, el cazador, mató dos tórtolas, mató al Pastor, mató al tío Mateo, y..... ¡ojalá que hubiera matado también á María!

Fernando buscó á su rival para matarlo; pero aquel infiel amigo huyó, y siguió huyendo sin cesar; tomó el camino de Acapulco, se embarcó, vivió algún tiempo en la América del Sur, y después pasó á Francia.

—Etcétera, etcétera, dijo Salvador levantándose de la mesa; y como este movimiento fué secundado por casi todos los oyentes, circuló el rumor, y así concluyó Carlos su relato de la triste historia de Fernando y María.

Todos los oyentes, con la convicción de que los personajes de aquella historia no eran otros que Carlos y Salvador, creyeron que no debían hacer más preguntas sobre

el particular; pero como quiera que nuestros lectores tienen mas derecho que aquellas personas, inclusa la curiosa Anita, de saber lo que pasó después, vamos á ponerlos al tanto de los acontecimientos posteriores, así para que conozcan el paradero de la pobre María, como el origen de la íntima amistad que ligó á Carlos y á Salvador durante tantos años.

El cuadro que presentaba la casa del tío Mateo, en la montaña, era tristísimo.

La situación de Fernando era horrible.

El tío Mateo, según opinión del médico, había sucumbido víctima de una congestión cerosa.

—Al menos, decía el doctor, sus momentos han sido cortos: ¿cuál hubiera sido su agonía si hubiera tenido tiempo de enterarse completamente de su situación?

—Sobre todo, decía Fernando, ó sea Carlos, supuesto que no debemos ocultar más su nombre; este hombre ha muerto con la idea de que su hija sigue siendo pura como

un angel; haber rasgado este velo á la hora de la muerte, hubiera sido un refinamiento de crueldad.... porque.... agregó Carlos fluctuando en un mar de horribles dudas, yo he dejado al tío Mateo en completo estado de postración, y acaso no ha podido notar lo que pasaba con María.

—Cuando me he acercado al enfermo, dijo el médico, era ya en sus últimos momentos.

—¿Y no puede usted calcular el tiempo que llevaba de agonía?

—No, eso es difícil; pero lo que sí puede aventurarse es la idea de que este hombre ha tenido conocimiento hasta los últimos momentos, porque la asfixia y no la congestión cerebral es la que ha determinado la muerte.

—Quiere decir, interrumpió Carlos, que bien pudo haber notado....

—Quién sabe.

Carlos se separó del médico, y se puso á recorrer la habitación.

Sobre un taburete estaba la bolsa de caza de Salvador atestada de tortolitas muertas, y se notaba cierto desorden en los muebles y en todos los objetos.

Carlos recorrió con la vista aquel terrible y significativo desorden, con el alma traspasada de dolor. Cada detalle era una funesta corroboración, cada objeto le inducía á conjeturas que le hacían estremecer de ira; cada mueble le hacía comprender la espantosa situación de aquella niña, luchando con un mónstruo al borde de la tumba de su padre.

¡Cómo pensaría María en sus perros, que sabían defenderla, que la hubieran defendido, que la hubieran salvado el honor!

—¡Oh! exclamaba Carlos, si yo no hubiera seguido el ejemplo del.... miserable Salvador, no hubiera disparado mi escopeta sobre Pastor, y Pastor hubiera despedazado al infame.... Y el viejo, el pobre viejo, tal vez con la muerte en la garganta, pudo oír desde su lecho de agonía la vergonzosa

lucha; tal vez pidió en vano un momento más de vida, para salvar á su hija, y la muerte inexorable no le permitió moverse.

¡Qué horribles han de haber sido sus últimos momentos! y Dios, en su infinita misericordia, privó de razón á esta niña... de otro modo, ¿cómo hubiera podido sobrevivir á su padre y á su deshonra? ¡Pobre María! ¡Pobre anciano!...

Merced á algún narcótico poderoso, el médico había logrado calmar los accesos violentos de la niña, que yacía postrada como un cuerpo inerte.

La tarde se acercaba.

Carlos mandó á uno de los criados que lo habían acompañado, á hacer ciertos preparativos para sepultar el cadaver del tío Mateo, y para conducir á María á sitio más adecuado para atenderla.

Llegó la noche, y el médico y Carlos velaron silenciosos el cadaver del viejo y á la enferma.

Alumbraba la estancia una pobre vela de

sebo, y sólo interrumpía el silencio de la noche la fatigosa respiración de María, y de vez en cuando algún gruñido gutural del *Pastor*, que había quedado fuera de la casa entregado á sus dolores y á su lenta agonía.

Carlos callaba por largos intervalos; pero queriendo conjurar aquel pavoroso silencio, hablaba con el doctor, para descargar el peso de las ideas que abrumaban su cerebro.

Larga y pesada fué aquella noche. Carlos no pudo olvidarla en toda su vida, y acaso influyó no poco en imprimir en su carácter cierto sello de melancolía profunda, de que nunca pudo prescindir.

Por fin vino el día, radiante de vida para la naturaleza, rico en diafanidad y en alegría para todos.

A los primeros albos, se percibieron subiendo la montaña hasta doce personas, entre las que figuraba un alcalde que iba á dar fé de lo ocurrido, para conocimiento de la justicia.

A eso de las ocho de la mañana, desfilaba por los tortuosos senderos de las rocas, una comitiva fúnebre.

Cuatro hombres cargaban el atahud del tío Mateo improvisado con groseras telas de jarcia y morillos; detras de este atahud iba una litera soportada por dos robustos peones.

Cerca de la litera iban el doctor y Carlos, á pié, después el alcalde, que venía á caballo; después algunos peones, y en seguida los criados de Carlos, que tiraban por las riendas los caballos de Carlos y el doctor.

Reinaba en toda la comitiva una tristeza profunda, nadie osaba hablar, y sólo se oía el rumor de las pisadas sobre la superficie pedregosa de la montaña.

Así iban á caminar más de dos horas, y así siguieron su camino, sin más interrupciones, que las necesarias para el relevo de los peones que cargaban el atahud y la litera.

Después de las diez, entraba la comitiva al cementerio de la iglesia del pueblo.

La litera se había detenido en la casa del alcalde.

El doctor y Carlos, después de haber escuchado con recogimiento las oraciones del responso, y de haber orado en silencio por el descanso del finado, presenciaron la inhumación, y se retiraron lentamente.

